

Tomás Carrasquilla ante la Eucaristía

Por Miguel Moreno Jaramillo

Artistas excelsos de todos tiempos han alabado al **Mysterium Fidei**.

La escultura, la pintura, la música, la poesía, todas las artes bellas, le han rendido su homenaje en obras inmortales.

Menciono la poesía y viene a mi memoria el nombre de Tomás de Aquino, poeta a quien Weiss pone al lado de Píndaro, el príncipe de los líricos griegos.

Los cantos litúrgicos del Doctor Angélico y en general su Oficio del Santísimo Sacramento, con sus himnos, prosas, secuencias, versículos y responsorios, han asombrado al mundo y lo asombrarán por los siglos de los siglos.

Afirma Gomá que se ve al Doctor Angélico “hacer versos con palabras como peñascos; donde no se sabe qué admirar más, si la facilidad de la expresión, o la candorosa sencillez de la cadencia, o las luminosas profundidades del dogma”.

El **Lauda Sion** nos invita a alabar a Dios con himnos y cánticos, a pregonar cuanto podamos su gloria, y a que sea llena, sea sonora, sea alegre nuestra alabanza.

Tiene Remy de Gourmond al **Lauda Sion** como resumen maravilloso de todo el dogma, de toda la poesía y de todo el simbolismo eucarístico. Pregunta: “No son estos versos de bronce de una plenitud silábica que compite con los versos más nobles de M. Leconte de Lisle? Y cómo sostener, a no ser uno víctima de una aberración congénita e irreductible, que esta poesía, cuyo ritmo parece forjado a martillazos por el badajo de una campana, haya de colocarse en lugar inferior y

NOTA.— Conferencia radiodifundida en la Semana Bolivariana de 1967 (septiembre 11), a nombre de la Parroquia de Nuestra Señora del Rosario, de Itagüí, dentro del ciclo bolivariano de preparación del Congreso Eucarístico Internacional.

muy inferior al **Non erat in votis...**". (Cree Monseñor Carrasquilla que aquí alude Remy de Gourmond a una obra de Horacio (1).

Elogia Remy de Gourmond muy bellas estrofas del **Verbum Supernum Prodiens**, agrega que todo el **Pange Lingua** es admirable, y, en fin, declara elocuentísimo: "Santo Tomás de Aquino siempre es un genio, siempre igual a sí mismo, y su genio se compone sobre todo de firmeza y certidumbre, de seguridad y precisión. Todo cuanto quiere decir, lo afirma, y con tal sonoridad verbal, que la duda, asustada, sale en fuga...".

Dijo Santeuil que prefería a todos sus himnos **poéticos** estos cuatro versos en que el Ángel de las Escuelas resume a maravilla nuestra redención:

Se nascens dedit socium,
convescens in edulium,
se moriens in pretium,
se regnans dat in præmium.

Sí: compañero, alimento, rescate y recompensa.

La literatura nos seduce con páginas eucarísticas de insignes letrados, porque ella, persiguiendo siempre el ideal de la belleza, logra hallarlo pleno en el Sacrificio y Sacramento.

Quién no ha sentido abrasarse su corazón leyendo a Crisóstomo sobre "Esto es mi Cuerpo"? Y habrá alguien tan frío en la fe y con tanto frío en el alma que no se emocione con las exposiciones del obispo francés sobre la Cena del Señor, o con las del arzobispo en su "Educación de las Jóvenes", en su "Exhortación al Duque de Borgoña" y en sus sermones sobre la dicha inefable de recibir a Cristo Sacramentado? Que si pasamos a nuestra madre España, el dominico Luis de Granada, como otros Luises, y el franciscano Juan de los Angeles, como otros Juanes, todos ilustres, nos embelesan discurriendo en torno del Sagrario. Metáforas sapientes nos recuerdan a varios de estos artistas de la palabra con los sobrenombres eximios de "Doctor de la Eucaristía", "Aguila de Meaux", "Cisne de Cambrai" y "Cicerón Español", y ya sabemos que Menéndez Pelayo compara con Juan de la Cruz al monje toledano Juan de los Angeles, lo juzga el exponente más representativo de la mística franciscana y afirma que "no es posible leerle sin amarle y sin dejarse arrastrar por su maravillosa dulzura, tan angélica como su nombre".

Contemporáneo del "Doctor de la Eucaristía", llamado también Crisóstomo o "Boca de Oro", brilla en España Prudencio, el poeta lí-

1) — Conozco parte del estudio de Remy de Gourmond en la traducción del sabio y erudito Monseñor Carrasquilla, quien hace esta glosa: "*Hoc erat in votis* es el principio de la sátira VI del libro II de Horacio. El poeta está henchido de gozo porque Mecenas le ha regalado un campito en la Sabinia. Creo que a este pasaje se refiere Gourmond, aunque escribe *Non erat*, en vez de *Hoc erat*. ¿Se equivocó el autor al citar de memoria? ¿Será yerro de imprenta? ¿O aludirá a alguna otra poesía clásica que no conozco o no recuerdo?" (Obras Completas. Tomo V, pág. 404).

rico más inspirado que vio el mundo latino después de Horacio y antes de Alighieri, según dictamen de Francisco Villeda, y hace bellos himnos en loor del Santísimo Sacramento. A Prudencio siguen otros. En el siglo XIII don Gonzalo de Berceo canta en férvido poema al Santo Sacrificio de la Misa.

En Colombia grandes escritores han rendido su homenaje a Jesús Sacramentado. Recordemos algunos: Rafael María Carrasquilla con su sermón de 1887 y su plática familiar de 1895; Marco Fidel Suárez con su "Oración a Jesucristo" de 1913; Gonzalo Restrepo Jaramillo con su discurso sobre "La Igualdad Cristiana y la Eucaristía", leído en 1935, y Tomás Carrasquilla a lo largo de su obra literaria.

Hago una interposición para recordar a Tomás Carrasquilla, mi coterráneo, antes de ocuparme en traer los pasos que demuestran su fe profunda en la Presencia Real.

En Tomás Carrasquilla estamos viendo el paradjismo de un **sujeto-objeto**. No es ya sólo el autor cuyos libros agradan a quienes saben paladear la literatura costumbrista. Es también un tema de crítica literaria. Tema fecundo para los que estudian las almas de sus personajes, o se deleitan con sus narraciones inenarrables, o se recrean con el ritmo de su prosa sabrosa.

Como sus escritos giran en torno del hombre y sus pasiones, del terruño y sus parajes, de todo cuanto nos interesa a todos, abunda el número de sus lectores. De entre estos ha surgido, en el país y allende las fronteras patrias, una larga teoría de críticos que estudian la obra carrasquillesca, exuberante de vida.

Kurt L. Levy, profesor de literatura española e hispanoamericana en la Universidad de Toronto, elaboró como tesis para graduarse de doctor en filosofía, un estudio muy notable, de casi cuatrocientas páginas, sobre la vida y obras de Carrasquilla.

Observa Levy que probablemente la primera declaración publicada sobre el arte de Carrasquilla se debe a la pluma de Pedro Nel Ospina, quien lo urgió para que publicara su libro **Frutos de mi Tierra**, convencido de que era "uno de los mejores entre los que hasta ahora ha producido, en su género, el ingenio colombiano". Lo que en esa novela impresionó más a Ospina, dice Levy, fueron los mismos elementos que críticos posteriores han alabado en la labor creadora de su autor. Las palabras de Ospina "tenían un tono profético", afirma el insigne canadiense.

Realmente Ospina, con el prestigio de su gran saber y grande inteligencia, promulgó los méritos del antioqueño que mantuvo hasta su muerte el cetro de la novela regional. (Ospina fue el prologuista de "Frutos de mi Tierra". Año de 1896).

En tiempos posteriores, la crítica nacional y extranjera ha colmado de elogios a nuestro gran escritor. Entresaco estas líneas de Julio Cejador y Frauca: "Tomás Carrasquilla es el mejor novelista de su tierra y el que con mayor soltura y riqueza ha sabido escribir en castellano... es dueño de todos los tesoros del idioma... Es, sin duda,...

el primer novelista terrígeno de América... Cuanto al lenguaje... , toda alabanza es poca. Estoy por decir que es el más castizo y popular de los escritores castellanos del siglo XX”.

Se han hecho finas observaciones sobre las facultades literarias de Tomás. La linda trabazón de esos vocablos suyos dará para mucho tiempo y puede llegar un día en que se averigüe hasta el número de las plantas y flores que movieron su sensibilidad de artista.

Merece hondo estudio lo que pudiera denominarse el “Fenómeno Carrasquilla”, bien llamativo para quienes saben que nuestro literato nació hace más de cien años en el Estado de Antioquia, República de la Nueva Granada, y que por acá, en escondites mediterráneos, sin asomarse nunca al mar, noveló y contó durante casi medio siglo en un decir no tomado de los libros sino aprendido en diálogos con las gentes de su pueblo, gráfico decir pleno de observaciones psicológicas y tan magistral que fue parte a colocarle entre los grandes clásicos de la lengua castellana.

Cuando conocí a Tomás, en la última década de la pasada centuria, sus padres don Rafael y doña Ecilda habían muerto ya. Vivía en casa de don Juan Bautista Naranjo, su abuelo materno, viudo de doña Isabel Moreno. Un viejo ilustrado, muy respetable, amigo de leer. El nieto era la plata labrada de toda la familia. Su hermana Isabelita, que se miraba en él, lo estimularía en su labor. Su casa solariega y la casa de su hermana, lugares de mucha lectura, le serían en alto grado favorables.

No menos propicio para el desarrollo de su inteligencia sería el influjo del sabio momposino don José de Jesús Alviar, quien se dedicó en nuestro pueblo a la enseñanza con notorio provecho de los exalumnos de Dimitas Arias.

Tomás Carrasquilla estudió filosofía y letras en el Colegio del Estado, hoy Universidad de Antioquia.

Vuelto a su pueblo natal, pudo ponerse tranquilamente a observar y a escribir. Qué inmenso campo se ofrecía entonces a su penetración de sicólogo y a su capacidad de escritor! En el distrito vivían hombres de muy variados caracteres. Unos se ocupaban en la agricultura o en la cría y ceba de ganado y otros buscaban oro en las montañas o en las playas aluviales o en el lecho de los ríos. A todos ellos se sumaba una interminable caravana de gentes dedicadas a la arriería, y como afluyeran al pueblo los profesionales de tan diversos quehaceres, surgió el comercio dominicano, del cual quedan reminiscencias en Medellín y otras plazas de Colombia.

Nuestra tierra brindaba al novelista la oportunidad de conocer a fondo el habla popular en los distintos oficios, de bucear en los espíritus de tantos y tan encontrados sujetos y de hacer a sus anchas, regodeándose, el escogimiento de sus personajes.

Cuando el éxodo de los dominicanos, deja Tomás sus breñas y se muda a Medellín. En el nuevo domicilio amplía sus conocimientos del hombre y del suelo y es durante muchos años el eje al rededor del cual gira la literatura vernácula o nativa o carrasquillesca.

Se ha estudiado a Tomás Carrasquilla por distintos aspectos. Sin pretensiones de crítico, que no alcanzó a tanto, quiero señalar uno de altísimo relieve: la insistencia con que habló de la Eucaristía, no porque escribiera especialmente sobre el hecho eucarístico sino porque se gozaba proclamando su fe en la Presencia Real.

También ardió esta fe en Miguel de Cervantes, recibido el 17 de abril de 1609 como cofrade en la Congregación de Indignos Esclavos del Santísimo Sacramento.

Cervantes cantó al banquete pascual en bello cántico de amor, cuya cadencia hermana con la de su prosa incomparable:

Si en Pan tan soberano
Se recibe al que mide cielo y tierra;
Si el Verbo, la verdad, la luz, la vida
En este Pan se encierra;
Si Aquel por cuya mano
Se rige el cielo, es el que convida
Con tan dulce comida
En tan alegre día;
¡Oh cosa milagrosa!
Convite y quien convida es una cosa,
Alégrate, alma mía,
Pues tienes en el suelo
Tan blanco y lindo Pan como en el cielo.

En frase aparentemente libre de concordancia entre sujeto y verbo, Cervantes pone su lenguaje al servicio de la teología, y así exclama con viva demostración de fe: “Convite y quien convida es una cosa”. (Subrayo). Cuántas veces, cuántas, meditaría en las palabras de Cristo: “Yo soy el pan vivo, que **descendí** del cielo”! (Subrayo) (Juan, C. VI, v. 51).

Todas las literaturas ostentan hermosas páginas en loor del Pan que “Dieu lui même le compose de la fleur de son froment” como dijo Racine en versos inolvidables.

Tomás Carrasquilla escribe con gravedad suprema:

“Cristo, en quien se comprende el Universo Entero, habita acá en la Tierra, su planeta elegido, como Dios y como Hombre. En su amor infinito a su criatura predilecta se ofrece a cada instante en comunión en su Cena Sempiterna... Su sangre corre siempre igual que en el pretorio de Pilatos, igual que en la Vía Dolorosa, igual que en el Calvario...” (“Semana Santa”, pág. 1.914).

Convencido de que este misterio es el centro de la vida cristiana y del culto católico, exclama elocuentísimo:

“Nada hay comparable en su liturgia, en su espíritu y su pompa, a la celebración de este dogma, base de todos, esencia y vida de la Iglesia misma. En los cánticos y preces de tan augustas solemnidades hablan como nunca los profetas y los evangelistas. Hablan los inspirados que por Dios lo fueron; habla la Divinidad Una y Trina...” (“Semana Santa”, pág. 1.914).

Consecuencia de su fe en el Misterio Adorable, son estas efusiones suyas sobre la comunión sacramental:

“Comulgar: ser uno con Dios! Quién podría concebir tanta grandeza en el hombre miserable y pecador?”. (“La Perla”, pág. 1.704).

“... Diez y siete horas há que le ha recibido sacramentalmente, y le parece, no obstante, que acaba de entrar a su boca la Forma indecible. Sí: es El, que está en ella; el Creador de cielos y tierra, en carne, en sangre, en alma, en divinidad... Sea El loado por los siglos de los siglos” (“Almas”, pág. 1.749).

Como muchos literatos, entre otros Manzoni, Chateaubriand, Brizeux, Núñez de Arce, Deschamp, Julio Alarcón y Sylvain cuyo “Precioso Recuerdo” traduje tantas veces cuando niño, Tomás Carrasquilla se emociona con la Primera Comunión:

“El Dios Sacramentado va a entrar, por vez primera, en el alma de muchos inocentes. Esos corazoncitos casi angélicos, que ungen y santifican las gracias de los primeros sacramentos, son sus sagrarios más preciosos. “Dejad a los niños que vengan a mí”, dice el Verbo, y por que se cumpla este reclamo divino del amor de los amores, baja El a las almas y a los cuerpos de estos seres, a fin de hacerlos suyos antes de que la culpa los macule”.

“Esta unión inefable del Creador con sus creaturas, es el milagro perpetuo, y el milagro por excelencia, a la vez que el acontecimiento máximo de la vida humana: con él se cumplen el plan y el objetivo de la Encarnación”.

“Tal tendrán de entenderlo todos aquellos que comulgan; tal los padres que inician a sus niños en la vida eucarística. Y tánto! Bien poco habrán de ser todas las fruiciones del fervor; bien poco las magnificencias de la fe, para celebrar, como ellas se merecen, la primera identificación de Dios con un alma infantil... (“Vestes y Moños”, pág. 1.728).

El ansia de comulgar que en muchísimos niños se advierte antes de su primera incorporación a Cristo por la Eucaristía, está pintada en Rogelio, aquel muchacho que, víctima de un vértigo, “cae redondo contra el pavimento”:

—No, madre Sinda —contesta con voz como unvida de llanto y de certeza— Nu’es por eso”.

—Nu’ha de ser, m’hijito!...”.

—No es: es porque nunca m’e confesao; porque no comulgo como los muchachos di’aquí y hasta será porque ni usted ni mi taita rezan ni m’enseñan doctrina... —abrazándola—. Madrecita!... Comulgui’usté también y mi taita!”.

“.....”.

“El novel penitente comulga el jueves; llora ante el Monumento, ante el Monumento vela, puro, henchido de gracia, como un ángel de Jacob” (“Rogelio”, págs. 1.525 y 1.527).

Egregios colombianos han escrito sobre la Primera Comunión. Recordemos a José Asunción Silva, Otero Herrera, Martín Restrepo Mejía, Silveria Espinosa de Rendón, Santiago Pérez, Ruperto S. Gómez, Teresa Caicedo de Ricaurte, Matóño Carvajal, Ricardo Carrasquilla, Enrique W. Fernández, José Manuel Marroquín, Belisario Peña, Pacho

Rendón en su novelita "Sol" y Guillermo Valencia cuya última poesía, escrita el 29 de mayo de 1943, fue una ofrenda al Santísimo Sacramento con motivo de la Primera Comunión de su nieta Halma.

Vuelvo a José Asunción Silva para trasladar los dos primeros y los cuatro últimos versos de su poesía:

"Todo en esos momentos respiraba
Una pureza mística;
.....
Y hasta los viejos Santos en los lienzos
De oscura vaga tinta,
Bajo el polvo de siglos que los cubre
Mudos se sonreían".

En la literatura francesa hallamos descripciones de la comunión sacramental. Entre ellas, la de Huysmans que vió comulgar a los trapenses, y la de Barbey d'Aurevilly que pinta la de Calixta Sombreal.

Pasemos de las primerías a las postrimerías y leamos cómo varias veces describe Carrasquilla la comunión por Viático.

En "Salve Regina":

"... Calla la música, agólpase el gentío, se colma la casa, rezan en coro, suenan las campanillas. Todos quieren entrar hasta la alcoba. Regina contesta el **Sí creo** con acento reposado y recibe con unción la forma consagrada. Nadie nota en su rostro vislumbres de temor. Pasa la ceremonia. Por los ámbitos de la casa flotan átomos de misterio" (págs. 1.155 y 1.156).

Y en "Curas de Almas":

"... Al fin llegan... La habitación, una casita pajiza de pobres, está barrida desde el patio y regada de hojas de naranjo y de ramos de romero, de pétalos de hortensia y de flor de muerto. Baja el cura. Suena la campanilla, y principia el rito inefable: "Señor, no soy digno ni merezco que vuestra Divina Majestad entre en mi pobre morada". En la salita está el altar, tendido con sabanilla muy bordada, con mucho santo, velas en naranjas, flores en botellas, la taza con el agua y la cuchara. Entrase el cura al cuarto del moribundo. Dios sea bendecido!..." (págs. 1.725 y 1.726).

El Santo Viático ha sido cantado por no pocos escritores. Entre los nuestros cito a Miguel Antonio Caro, José Joaquín Ortiz, Francisco M. Rengifo, Jorge Wills Pradilla, Pedro Gómez Corena, Jorge Bayona Posada y Otero Herrera. Algunos de ellos se inspiraron en el famoso cuadro de Weber. Rengifo y el padre jesuita Jesús María Ruano son autores de bellísimos florilegios eucarísticos que bien útiles me han sido para la elaboración de este ensayo.

El 7 de febrero de 1926 falleció en Medellín José Luis Restrepo Jaramillo. Fue un egregio escritor laureado, de entrañables sentimientos religiosos y de fina sensibilidad estética. Cuando ya cercano a morir recibió el Santo Viático, o provisión del caminante, esforzado e iluminado con la virtud del divino manjar, hizo a su muerte, como había hecho en su vida, obra de fe y de arte declamando estos versos de Martínez Mutis:

“En la hora postrera
al ausentarse el hombre de la vida,
va el grupo familiar a la ribera
para la inaplazable despedida;
llega el Viático; al punto ordena y forja
viento manso y sutil, azul profundo,
echa pan eucarístico en la alforja,
le da brújula y remo al moribundo,
y mientras los pañuelos doloridos
dicen adiós desde el confín lejano
en medio de sollozos y alaridos,
él, con segura mano,
suelta su esquife entre el brumaje denso,
deja las playas rudas e intranquilas
y al gran viaje se va con el inmenso
sol de la eternidad en las pupilas!”.

En “Entrañas de Niño”, obra de honda sicología infantil, aparece el mismo amor de Carrasquilla a la Eucaristía. Pregunta Paco, figura central de la novela:

“Te acuerdas, **Mentor**, de aquel paraguas del tamarindo? Quién fuera gigante para hacer con él una administración de todos los curas y los Santísimos del mundo!...” (pág. 1.173).

Muy al principio de la novela expresa Paco su nostalgia del Sacramento, visitando una capilla abandonada:

“... Quedábame siempre, después de entrar allí, un dejo de melancolía que a mí se me antojaba tónico y saludable a mi espíritu. Era eso como una dulzura amarga, como una tristeza alegre; era una impresión sin nombre que ni hoy mismo puedo definir. Acaso fuese la avidez infantil al despertar de la fantasía; acaso el instinto masculino de arrostrar peligros; o, tal vez, que en mi corazón de niño, no maculado por la culpa y ungido con el óleo de la piedad, surgía el dolor del creyente al sentir, en el propio lugar que fue de adoraciones, la nostalgia de Dios Sacramentado” (pág. 1.163).

De esta capilla observa el mismo Paco que estaba unida por la sacristía al edificio señorial, “como el alma al cielo por el comulgatorio” (pág. 1.162).

Y más adelante vuelve el niño con su mismo anhelo:

“Veo a la abuelita en el comulgatorio, me voy a ella y me hago a su lado... Yo veo esa cara transfigurada, veo cómo, al recibir a Dios, destilan las lágrimas, por entre las pestañas caídas, y mi llanto, contenido apenas un instante, torna a correr por mis mejillas” (pág. 1.209).

“.....”.

“Llega la comunión: totitos los de casa, blancos y negros, hombres y mujeres, se van arrimando, uno por uno, y llenan la rueda del comulgatorio, igualados por el uso de la razón. Sale el cura con el copón y principia por el negro Félix. Oigo el **Corpus Domine**, oigo la campanilla, y principio a hacer pucheros. Es otra angustia de hambre, se-

mejante a aquella de la convalecencia, cuando los sentía en la mesa . . .” (pág. 1.210).

Si esos sentimientos puso Carrasquilla en el corazoncito del niño, veamos cómo nos presenta el corazón cansado de Dimitas Arias:

“ . . . No supe cuándo llegamos al sitio; pero, entre gallos y media noche, me acuerdo que la casa se llenó de gente, que sonaba el esquilón y que el padre me trajo a Nuestro Amo . . . y que yo lo recibí con mucha devoción” (pág. 1.311).

Trata de los templos antiguos y no olvida recordar que allí “Dios ha morado por centurias” y “por centurias ha corrido la Sangre Redentora”, por lo cual “deberá sentirse más que en los templos recientes el pavor sacro, la crispatura mística ante la presencia del Santo de los Santos”. Si describe los monumentos del Jueves Santo, dice que los conventuales son “blancos e ingenuos como primeras comuniones”, y que en el de la catedral, allá, en el fondo, está “el Misterio Adorable del Amor Divino” (“Iglesias Viejas”, pág. 1.829. “Semana Santa”, pág. 1.915).

En “El Zarco” nos refiere que mana Rumalda corta “azucenas, narcisos y claveles, para la ofrenda dominical al Santísimo” (pág. 1.417).

A una dama le expresa su afecto diciendo:

“Vienes de una tierra alta y bendecida, Dios puso en ella lo que El más ama, para que se alimenten sus criaturas: el trigo, el trigo santo, en que quiso vivir sacramentado . . .” (“Alas”, pág. 2.056).

Se han escrito muy poéticas loas de la espiga, de la harina, o sea, del pan, una de las dos especies en que Jesús quiso sacramentarse.

Gonzalo Restrepo Jaramillo, en su discurso cuando el Congreso Eucarístico de Medellín, hace notar que palpita en el escogimiento mismo del pan un hondo sentido de igualdad. Oigámosle:

“ . . . No es alimento que se reserve para los poderosos de la tierra, sino el común y repartido sustento primordial de la vida. Con la misma generosa fragancia alegra la rústica mesa de los campesinos y los manteles del banquete. Parco en su sabor no fomenta la destemplada gula sino que restaura las fuerzas corporales; no es manjar de sibaritas sino alimento de varones. Cocido por ángeles en el rescoldo sostiene a los profetas. Como si anticipara en su historia la mística compañía de Jesús con los hombres, el trigo acompañó la peregrinación de la humanidad, siguiéndola por variados climas y hemisferios. Junto a los trigales acariciados del viento se trocó en casa permanente la errátil tienda de los pastores, y nacieron las primeras ciudades, y empezó a cuajar el germen de la civilización. Cerca a las rubias parvas surgieron los castos amores de los patriarcas, y recogiendo las olvidadas espigas fué Ruth, la moabita, a llevar a Israel la sangre pura de que nacería en el tiempo el León de Judá, dominador del mundo . . .”.

José Santos Chocano:

“El golpe de la hoz sobre la espiga
Repercute en el cielo; porque el cielo
Hace del trigo pan que calma el duelo
Y hace la hostia que el pesar mitiga”.

Calderón Flórez:

“Tras el rudo suplicio de la éra,
Espiga milagrosa, quién creyera
Cuando laboras de la vida en pos”

“Que bajo el cielo bienhechor, tu grano
Es pan del cuerpo en el festín humano
Y... ¡Pan del alma en el altar de Dios!”.

Rubén Darío:

“Y en la espiga de oro y luz duerme la *misa*”.

Luis Felipe Vivanco:

“... pero yo estoy mirando en la flor de la harina,
el dolor invisible de tus brazos en cruz”.

Sor Juana Inés de la Cruz:

“Los que tienen hambre
Vengan y hallarán
Grano, Espiga, Harina, Pan”.

“.....”.

“La espiga verán de Ruth,
De José grano verán,
De la viuda la harina
Y de Elías verán pan”,

“Que todo aquí lo hallarán:
Grano, Espiga, Harina, Pan”.

Martínez Mutis:

“El átomo de arena
funda la inmensidad. Todo se ordena
y se eslabona en la ascendente escala
que va hasta el infinito. El grano oscuro
que de la tierra en el riñón resbala
presto será retoño esmeraldino,
después, diadema de oro en el maduro
penacho de la mies; ya en el molino
caerá como finísima cascada
para trocarse en pan; y en la sagrada
misa, mientras la voz del campanario
suelta en ondas solemnes su armonía,
será trigo hecho Dios en el santuario
cuando sube la blanca Eucaristía!”.

Carrasquilla dice en un canto a Jesús Recién Nacido:

“Cristo no muere nunca en el corazón de sus criaturas, así están laceradas por la culpa, así estén medio muertas por el letal escepticismo. Cómo puede morir, si se hizo hombre por amor a los que pe-

can? Si muriese, fuera en balde el establo belemita; fuera estéril aquella misa inicial de Redención, cuando la Virgen Madre ofreció la Hostia cruenta; lo fueran este Gólgota sempiterno de los altares católicos, por donde corre la Preciosa Sangre a toda hora, y este Belén de sus alas sacratísimas, a donde Cristo Uno y Trino baja a cada instante a esta vida transitoria" (pág. 1.930).

Elogia en "La Marquesa de Yolombó" la vida interior de doña Bárbara, ya anciana, y nos cuenta:

"Comulga a diario; a diario visita al Santísimo Sacramento..." (pág. 644).

En esta novela describe una procesión de Corpus Christi en tiempos de la colonia:

"El pluvial, rígido y magnífico, acampana la silueta del sacerdote, a guisa de Virgen Española. En sus manos mortales lleva a Dios, en el Milagro Perpetuo de la Hostia..."

"Cuatro voces acordes rompen":

"Vengan aquí todos,
Vengan y verán
Al Rey de los Cielos
Convertido en Pan".

Luego hace notar:

"Las gentes de esos lados, así fuesen descendientes de esclavos, relataban o cantaban, especialmente en los velorios y en los alumbramientos de la Santa Cruz, muchos himnos y alabanzas al Misterio Supremo, alma y vida de nuestra religión" (págs. 505 y 506).

Manuel Reina describe en versos de dulce cadencia la festividad del Corpus Christi en una aldea española, y Francis Jammes goza con "el día claro de Corpus".

En Santodomingo, mi pueblo, ha habido cuidadoso esmero en erigir los altares para la procesión de Corpus Christi. Como en esa época se usaban mucho las figuras alegóricas, imagino a Carrasquilla gozando con el pez, la espiga y la vid, con el pelicano y el ciervo, con el cordero y la paloma, con todo ese simbolismo tan acorde con su temperamento de artista.

Fue siempre de las bellas letras el entusiasmarse con la fiesta del Santísimo Cuerpo. Díganlo Calderón, Valdilvieso, Juan de Timoneda, Tirso de Molina o Lope de Vega. Díganlo cuantos poetas cultivaron el género literario de los autos sacramentales.

Observa Menéndez Pelayo que en ninguna parte fue Calderón "tan poeta como en sus autos, muchísimo más que en sus comedias, como que parece haber reservado las más ricas galas de su fantasía para derramarlas en loor del Santísimo Sacramento".

En un altar de mi pueblo, durante la procesión de Corpus, ocurrió este caso que Carrasquilla relata en "Salutaris Hostia" y del cual hace constar que es rigurosamente histórico:

"Son las dos de una tarde luminosa. Aquella plaza de cumbre perfila su iglesia y casi toda la techumbre de sus casas en pleno firmamento. Ni giros de aves oscuras ni cendales de nubes maculan el

azul infinito. La comisión organizadora ha terminado su cometido. La plaza está como si fuera el templo. Las tiendas están cerradas; cerrados y desiertos los balcones. Por las ocho bocacalles, por las aceras, por la plaza, yace el pueblo de rodillas. Cada cual puede girar en su puesto sin levantarse un momento. Salen. Músicos y armonium enfilan por la vía; enfilan las cruces y los ciriales; luégo el guión. Cuando está distanciado, surge en el pórtico la Sacramental, Augusta Exposición y entra en la vía. La oración de las campanas resuena en la majestad del silencio. Parecen ahí nacidos los palmares que han plantado los campesinos; parecen ahí nacidos los arcos de guadas y de chusques que han erigido a su Dios. Se deposita en el primer altar, se deposita en el segundo. El palio, aquel palio magnífico, desproporcionado a los recursos y al culto del lugar, y que tiene una historia en sus anales, se mueve lentamente. Por entre tanto follaje resplandecen sus varas, y los piñones que las rematan flamean al sol como cirios encendidos. Ondula la blanca sedería y cabrillean el brocado y el oro de sus recamos y guarniciones”.

“Por delante del tercer altar han pasado músicos, cruz y ciriales; el palio se aproxima. Los niños de los estandartes, allí arrodillados, han perdido su devoción y se comunican en secreto. En el cuadro de un postigo sin vidrio se ha posado el turpial, aquel turpial tan conocido, tan arisco, tan rabioso, que sabe salir o encerrarse en su jaula, que se burla de gatos y gavilanes. Vuela del postigo al pasamanos del barandaje. Qué vendría a hacer el pajarito? Está inquieto, asustado; mas no por el gavilán, porque no estaría allí. Es el altar uno como pórtico de musgo; rematan sus columnas en matorrales de orquídeas; se alza en el centro un pedestal, entre dos cardos enormes que levantan esa flecha rojiza y resistente. A tiempo que el párroco se destaca con La Majestad, vuela el turpial a una orquídea; avizora hacia arriba, avizora hacia abajo. Apenas está la custodia en el pedestal, vuela al espigón del cardo, se aferra a una rama, entreabre las alas, entreabre la cola, agitado y vibrante, y rompe en un trino que se oye claro a pesar de las campanas. Uno de los sacerdotes hace seña a los músicos, y el rito es rezado, murmurado. . . Y el turpial se columpia en su rama y modula y gorgorea y junta todos sus motivos y afina todas sus cadencias y sigue y sigue. El rezo termina, y el turpial sigue cantando ante aquel auditorio sobrecogido. De pronto calla, y torna a su casa por donde ha venido” (págs. 1.787, 1.788 y 1.789).

El relato de Carrasquilla hace recordar aquella estrofa de Jacinto Verdaguer en su poesía a la procesión del Corpus:

“El rruiseñor de aquellas antífonas que sabe,
por gala hoy entre el césped, gorjea la más suave;
los pájaros canoros modulan hoy mejor.
Los olmos ceden todas sus ramas y su yedra
para formar con ellas sobre el hastial de piedra
un muro de verdor”.

En “El Anima Sola”, al describir aquel templo en donde descansaba, entre blandones, el cuerpo de la monja, no olvida Carrasquilla

decirnos que “como astro distante y solitario, alumbraba apenas la lámpara del Sacramento” (pág. 1.660).

Sobre la lámpara del Santuario escribió una linda página Francisco de Paula Pérez. Allí dice emocionado: “En las grandes basílicas, en los templos tradicionales, en las olvidadas ermitas de la montaña, siempre igual...”.

Inturibarría, hijo de Vizcaya, es autor de una inspirada composición que lleva el nombre de “La lámpara del Templo”.

Expresa muy íntimas efusiones Belisario Peña en el soneto “Luz entre tinieblas”. Tomo en desorden y junto tres de sus versos:

“La lámpara nocturna que te adora
y sola ahí, tranquila y veladora,
tu imagen es Oh Luz entre tinieblas”.

A solas con su tristeza, como él mismo lo dice, exclama nuestro lacerado poeta Adolfo León Gómez, ante la lámpara litúrgica, visitando en la noche un templo solitario:

“Sólo su luz moribunda,
Por entre cristal rojizo,
Lanzaba con parpadeo
Melancólico y continuo,
Como estrella solitaria,
La lámpara del Santísimo”.

Tomo del padre jesuíta Alberto Risco:

“Entre tanto, vacilante,
siempre inquieta y oscilante,
suspendida en un rincón,
me parece que dormita
la olvidada lamparita
que semeja una oración”.

Del inglés T. Aldrich:

“Siempre tranquila, siempre modesta,
Al sol no envidia la brillantez,
Que el sol se mueve lejos de Cristo,
Y ella le alumbraba y está a sus pies”.

De Hernando Holguín y Caro:

“Oh, vivir junto a Tí, cual la sencilla
Lámpara tenue que callada brilla
Entre la sombra de tu templo santo”.

Y de José Joaquín Ortiz:

“De la trémula lámpara que arde
Ante el altar sencillo,
Con el fulgor rojizo de la tarde
Incierto apenas se percibe el brillo”.

Volvamos a Carrasquilla:

En "Futurismo", publicado cuando apenas era un proyecto el barrio de Aranjuez, interrumpe Carrasquilla su descripción para pensar en el Sacramento:

"No hay en el plano iglesia, ermita ni cosa que las supla; mas, con el tiempo, vendrá todo...". "... para los que recen y practiquen ante El Santísimo, ahí tienen, en los propios aledaños, la capilla recogida del Manicomio, que convida a oraciones y plegarias".

En su estudio sobre Medellín, al llegar al templo erigido en la plaza de Boston hace notar:

"Antes de un mes estará ahí el Santísimo" (pág. 1.834).

Leemos en su elogio de las flores:

"Y en la hierática basílica, entre el espanto sobrenatural de lo divino, cabe el misterio amoroso del Dios Sacramentado, exhalan las flores sus aromas, ofrendan su hermosura, levantan sus oraciones, en oblación perpetua y reparadora. Oh!, la mística de las flores!" (pág. 690, 2ª edición de sus Obras Completas. Hecha en Medellín. "Flores").

Carrasquilla revela ardor eucarístico desde su primer libro "Frutos de mi Tierra", publicado en 1896, cuando pinta la procesión final en el ejercicio de las Cuarenta Horas. Dice allí al paso de la Custodia:

"No es sino un disco blanco, entre cerco de metal, lo que la mirada alcanza, y, sin embargo, se siente un estremecimiento extraño, algo como fiebre de adoración: las caras se transfiguran, muchos ojos se cierran, muchos se abren fijos, con no sé qué pasmo, muchos se humedecen con una lágrima. Dijérase que por el cerebro, por el corazón de esa multitud, pasa una ráfaga del cielo" (pág. 59).

Impresiona la insistencia, o por decir mejor, la persistencia de Tomás Carrasquilla en glorificar la Eucaristía. Impresiona pero no sorprende. Su formación eucarística fue excelente, primero en su hogar y luego por el influjo del cura de nuestro pueblo, de aquel padre Angel María Gómez, a quien así presenta en "Salutaris Hostia", una de sus más lindas dominicales: "Como en todo se iba a lo esencial, ponía en el culto al Santísimo Sacramento todos sus empeños" (pág. 1.787).

Para rendir homenaje al sacrificio del Cuerpo y Sangre, otros grandes ingenios —Lope, Góngora, Fray Luis...— emplearon el soneto, "rosa métrica de catorce pétalos" como lo definió alguno en frase muy feliz. Todos ellos cortaron de esas rosas en el jardín de Cristo para ofrendárselas Sacramentado. Por su fervor religioso diría yo que son verdaderas rosas místicas.

Afirma Menéndez y Pelayo que a Lope de Vega le fue concedido "dar la más alta nota lírica en el concierto de la poesía eucarística española".

Luis de Góngora puso a su poesía el título de "La Fe y el Misterio". Es clara y fácil, ajena de todo culteranismo y muy suave.

Yo le pondría el nombre de "Si pan, si Dios" al soneto de Fray Luis de León en que combina magistralmente varias figuras retóricas: dubitación, interrogación, corrección y contraste. Qué profundidad y qué elegancia!

Señoras y señores:

Aplico a Tomás Carrasquilla, por su actitud ante el Santísimo Sacramento, las voces exclamatorias del poeta Charles Morice, como si las hubiese pronunciado nuestro gran novelista. El relato se halla en "Eucaristía", enciclopedia publicada bajo la dirección de Brillant, y lo hace Louis Lefebvre, quien recuerda esto de Morice: "Una tarde estival, en una avenida del bosque de Boulogne. Uno de sus amigos hablaba de "moral" cristiana, de religión liberada, de vida espiritual despojada de ropajes dogmáticos... Pero, él, saliéndole al paso, levantados al Cielo sus largos brazos en medio de los demás paseantes, clamaba, a la luz de las estrellas: "La Eucaristía, Lefebvre, la Eucaristía; no hay más que la Eucaristía...!".

BIBLIOGRAFIA

- "Eucaristía" (Enciclopedia publicada bajo la dirección de Maurice Brillant).
- "La Eucaristía y la Vida Cristiana" por el doctor Isidro Gomá, Pbro.
- "Florilegio Eucarístico" (Poesías colombianas, españolas y otras latino-americanas sobre la Eucaristía, escogidas y ordenadas por el P. Jesús María Ruano S. J.).
- "Obras Completas" de Monseñor Rafael María Carrasquilla, miembro de la Academia Colombiana, recopiladas por Monseñor José Eusebio Ricaurte.
- "Segadores" (Florilegio Eucarístico, por Francisco M. Rengifo, primer premio en el Certamen Literario Nacional).
- "Demostración Eucarística" por A. M. Madrolle. 1840.
- "Rojo y Negro", N^o 45. (Colección de la U. P. B., dirigida por el Dr. Gabriel Henao Mejía). ("El Sentido Religioso en la Poesía Española Contemporánea", por el P. Carlos E. Mesa, C.M.F.).
- "Vida y Obras de Tomás Carrasquilla" por el doctor Kurt L. Levy.
- "Obras Completas de Tomás Carrasquilla" (Primera edición. Libro impreso en España).

